



Francisco Javier Oliva Gil

**LA TORRE
DEL GALLO**



Editorial LEDORIA
J M R





PRÓLOGO



La columna motorizada abandonó la ciudad de Asmar al amanecer. Había descansado allí toda la noche antes de adentrarse en las montañas de Hindu Kush en busca de supervivientes. Todos trataban de conciliar el sueño en el patio trasero del edificio donde se habían instalado las autoridades locales.

El día anterior habían recorrido ya trescientos kilómetros desde Kabul tratando de ganar un tiempo del que no disponían. Las órdenes que tenía el capitán que mandaba la escolta eran concretas: se pondría en contacto con el destacamento de Asmar para conocer el lugar en el que los *Señores de la Guerra* y sus clanes habían masacrado a docenas de familias de la región por considerarlas traidoras. Las acusaban de prestar ayuda a las fuerzas de la coalición. Junto con un equipo médico, prestaría las primeras asistencias a los heridos, evacuaría a los que aún quedaran con vida y transportaría los cadáveres que encontrara a su paso. Mientras avanzaban por un paisaje inhóspito, el oficial recordó cómo el teniente de guardia le había explicado que la tarde anterior, mientras esperaban la hora de la cena, un muchacho, casi un adolescente, había llegado a su destacamento dando la voz de alarma. Les relató cómo los jefes locales y sus fieles milicianos se habían presentado en su aldea, irrum-

piendo casa por casa y capturando a familias enteras sin importar si entre los detenidos había ancianos, mujeres o niños. Luego, en la falda de las montañas, llegó el horror. Aseguraba que aún quedaban muchas personas malheridas, agonizantes, entre ellas su madre y dos de sus hermanos. Quizá su esfuerzo sirviera para salvarles la vida.

Las estrellas que adornaban el cielo afgano se iban apagando a medida que la claridad irrumpía por el este. Abría la columna un blindado con media docena de soldados en su interior. Tras él circulaba un camión que transportaba material sanitario y utensilios para levantar un hospital de campaña con dos quirófanos. Acompañando al conductor se sentaba el intérprete afgano que había hablado con el muchacho huido. A través de la radio iba dando indicaciones al oficial americano que abría la columna de la ruta que debía seguir. Inmediatamente después les seguían tres furgones militares donde se apiñaba el personal sanitario perteneciente a una ONG internacional. Casi todos eran españoles. El penúltimo vehículo era un *Land Rover* blanco en cuyas puertas lucía estampada la Media Luna Roja. Tras él, un nuevo blindado americano cerraba la columna.

El sol despuntaba por el horizonte barnizando las montañas de oro cuando se detuvieron en una pequeña loma desde la que se abrían varias pistas de tierra. Bajo un cielo limpio de nubes y unas temperaturas que presagiaban otra jornada calurosa del mes de agosto, el intérprete informó al capitán que se dirigiera hacia el camino que se abría a su derecha y que desembocaba en un pequeño valle pedregoso y moteado de arbustos resecos. Un escuálido árbol destacaba en el paisaje. Era una de

las indicaciones que le había dado el muchacho para localizar el lugar hacia donde debían dirigirse. Tras una última comunicación de radio, el afgano pidió que se detuvieran unos segundos mientras él bajaba del camión para echar una ojeada y así orientarse mejor.

El convoy se paró guardando la formación. El intérprete, ahora ocupado como guía, descendió de su vehículo y caminó unos segundos por la explanada. Miraba sin cesar hacia los penachos pelados que rodeaban su posición. El capitán americano, un hombre joven de piel tostada y origen hispano, se acercó a él interesándose por la demora en su decisión.

—Escucho ruidos, señor, ruidos de motores, de animales... —le dijo el afgano en su pobre inglés.

—¿Por dónde? —preguntó el oficial oteando nervioso cuanto había a su alrededor.

—Por todos lados, señor, sobre todo por allá —le respondió señalando con el dedo una gran peña que se alzaba ante ellos—. Hay mucho eco. El sonido rebota en las rocas. Quizá estemos rodeados. Las montañas son el escondite preferido de los *Señores de la Guerra*, pero quizá no nos hayan visto aún. Es mejor quedar en silencio, apagar los motores y esperar.

—Llamaré a un helicóptero de reconocimiento —decidió el capitán.

—Bien pensado, señor, pero antes debiéramos protegernos moviendo los camiones hacia un lugar fuera de su vista.

El intérprete deambuló unos segundos por delante de los vehículos y después regresó donde permanecía detenido el blindado que abría la columna.

—El mejor lugar es allá, donde están esos arbustos —le indicó braceando con cierto nerviosismo.

La columna se movió hacia una zona reducida y protegida por una pared recta que se elevaba varias decenas de metros sobre sus cabezas. Desde allí estarían fuera del ángulo de visión de la mayoría de los puntos elevados que les rodeaban. El intérprete quiso encargarse de dirigir el convoy pie a tierra pero fue el capitán quien ordenó la maniobra: los camiones debían acercarse lo más posible al talud y los dos blindados, aparcados en el perímetro exterior, les protegerían de un posible ataque.

Apagaron los motores y quedaron recluidos en el interior de los vehículos durante casi media hora, a excepción del afgano, que de cuando en cuando salía de aquel recoveco tratando de cerciorarse de que no había más riesgos que cubrir. Mientras aguardaban, el capitán había ordenado pedir un helicóptero que reconociera el terreno, pero la señal de radio no lograba salir de aquel pequeño valle. El contacto era imposible.

Cuando el sol les alcanzó el calor comenzó a ser insoportable y decidieron abandonar los camiones y salir al exterior para airearse. El silencio tenía que ser absoluto. Sólo podían comunicarse entre susurros. Comenzaban a desesperarse después de una hora de bloqueo cuando el intérprete regresó a la carrera. ¡Los había visto! Un centenar de milicianos, varias motocicletas y animales de carga se dirigían justo en dirección contraria a la que ellos estaban. Media hora más y el peligro habría pasado. De todas formas, debían seguir guardando silencio.

La noticia corrió de boca en boca y cundió la esperanza entre los miembros del convoy. Todos habían descendido y caminaban entre los vehículos. Cruzaban gestos cómplices o se limitaban a soltar algún monosílabo. El capitán por fin había permitido fumar. Otros bebían agua

de las botellas de plástico después de haberse comido alguna barrita energética. En esas condiciones más flexibles, los treinta minutos que les quedaban anclados allí serían más llevaderos, aunque estuvieran enlatados entre aquella pared de roca y los dos blindados americanos.

El intérprete pidió disculpas al capitán, del que no se había separado desde que llegó con la buena noticia, y rodeó uno de los vehículos para orinar. Una vez se supo solo, saltó al camión de material sanitario y rebuscó entre varios bultos sellados hasta encontrar uno cuyo precinto había sido abierto y vuelto a dejar con disimulo en su posición original. Parecía un saco de material fungible, pero al intentar moverlo notó que pesaba demasiado, como si su interior estuviera lleno de cemento. No había duda. Era el que buscaba. Nada más abrirlo encontró vendas y gasas, pero no tardó en dar con dos cables que se perdían en el interior de una pastilla de explosivo plástico. El saco estaba abarrotado de aquellos adoquines de masa moldeable y blanquecina. Movié algunos más hasta encontrar un detonador que permanecía desconectado. Luego giró una pequeña palanca hacia uno de los lados e inmediatamente dos lucecitas rojas se iluminaron. Después volvió a cerrar el fardo, descendió del camión y regresó a donde pululaban los miembros de la columna. Cruzó un par de frases con los *marines* que se sentaban apoyados en las ruedas de los blindados y fue a caer entre dos de los transportes donde viajaba el equipo sanitario. Volvía a estar solo. Se aseguró de que no venía nadie y comenzó a rebuscar entre los matorrales hasta encontrar en el suelo parte de una manta semienterrada oculta entre el ramaje. La movió con cuidado y, tal y como le había dicho hacía días el jefe

de uno de los clanes armados, encontró el primero de cuatro bidones de aceite industrial relleno de todo tipo de explosivos, desde pastillas plásticas hasta proyectiles de carro o bombas de mano. A un lado descubrió un nuevo detonador que, igual que el anterior, conectó moviendo a un lado el pequeño interruptor. Antes de volver a dejar la manta sobre la inmensa bomba que todos tenían bajo sus pies, recogió entre dos bidones un cinturón en el que había adosadas varias cargas. Se lo colocó bajo sus ropajes y cubrió el acceso a la trampa con algunos arbustos secos como si nada hubiera ocurrido antes de que él llegara.

En ese momento apareció un médico español que parecía buscar un lugar para aliviarse. El intérprete, con las manos sobre sus ropajes para sujetar el cinturón explosivo, le indicó que allí ya estaba él, que se buscara otro sitio. No había duda, con aquella postura parecía que le había interrumpido justo antes de ponerse en cuclillas. El médico se disculpó con un ademán y desapareció de su vista rodeando el blindado americano.

No había tiempo que perder. Se ató el cinturón a su cuerpo y, por tercera y última vez, conectó su detonador. Después metió la mano en uno de los bolsillos de sus pantalones y encendió el disparador a distancia. Las tres luces amarillas le indicaron que las tres bombas estaban preparadas para ser detonadas a la vez. Abandonó su escondite y volvió al lugar protegido donde esperaban los demás. Estaban todos, todos menos el capitán, que en ese instante regresaba del perímetro exterior con unos potentes prismáticos colgados del cuello.

—Aquello no parecen milicianos, sino un centenar de refugiados —le dijo acercándose a él y acusándole con

el dedo índice—. No he visto que lleven ninguna clase de armas. Entre las mulas he distinguido sólo unos pocos hombres entre multitud de mujeres y niños.

El afgano se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre? —preguntó el teniente que estaba al mando del blindado de cola.

—Este imbécil nos ha retrasado por un desfile de animales de carga y dos motocicletas que huyen hacia Kabul. Quizá se dirijan dando un rodeo a la región de Hazarajat, donde ahora parece que se reúnen los refugiados.

La gente se acercaba lentamente a los dos militares que flanqueaban al afgano.

—Señor, señor... —interrumpió el intérprete—. Siento la confusión. Yo quería también decirles algo a todos, porque el peligro no ha pasado...

—¿Qué coño te ocurre ahora?

El hombre tanteó en silencio el botón del disparador a distancia dentro del bolsillo.

—¿Quieres hablar de una puta vez? —le increpó el teniente.

El afgano clavó su mirada en la del joven oficial y sonrió.

—Alá es grande.

A más de diez kilómetros, el anciano que mandaba el grupo de refugiados se detuvo y miró a sus espaldas. A lo lejos, en la falda de la montaña, nacía una columna de humo y fuego que crecía llena de volutas hacia el cielo. ¿Qué estaba ocurriendo? Sabía que los *Señores de la Guerra* habían abandonado la zona semanas atrás en dirección norte. Eso les había obligado a ellos a huir, porque se había enterado de que los clanes guerreros iban a organizarse para lanzar un ataque contra las tropas

de la coalición. De ser así, si todo debía estar en paz, entonces, ¿a qué se debía aquella explosión? Se giró hacia dos jóvenes que caminaban tras él y les ordenó que fueran a ver qué había ocurrido.

—La explosión ha debido de sentirse también en la última aldea que hay antes de las montañas. Ellos se ocuparán. Nosotros no podemos retrasarnos —le dijo uno de ellos dando media vuelta.

En ese mismo momento, en el destacamento americano de Asmar, un cabo de transmisiones trataba de contactar por radio con el capitán hispano que mandaba el convoy. Tenía que advertirle de que su misión podía ser una trampa, que unos soldados habían visto al muchacho superviviente de la masacre con toda su familia al otro lado del río. Temían que hubiera mentido para tenderles una trampa. Además, había rumores de un inminente ataque insurgente. Todos debían escapar de la zona cuanto antes. De hecho, ellos ya habían comenzado a desmantelar el campamento.

Nadie jamás contestó a su llamada.

Samuel ocupaba el asiento trasero de un antiguo automóvil impulsado aún por combustible líquido. El ronroneo del motor era notorio aunque no le molestaba. Le permitía escuchar con total claridad las explicaciones que Faustino le iba dando mientras se acercaban a su destino. Cuando quería enfatizar alguna de sus instrucciones, el médico le observaba a través del espejo retrovisor que había sujeto en el parabrisas. Él asentía disciplinado y luego desviaba la mirada hacia el asiento delantero derecho donde un anciano dormitaba ajeno al hermoso paisaje que se extendía a su alrededor.

—Y, sobre todo, te repito, debes tener en cuenta que su capacidad de aprendizaje es, por el momento, nula—insistía Faustino cada pocos minutos, como queriendo que aquella sentencia implacable quedara marcada a fuego en su interior. Después continuaba metódicamente con su doctrina, como si estuviera defendiéndola ante un tribunal académico. Parecía seguir un guión predeterminado, sistemático—. No debes dejarlo solo durante mucho tiempo. Te advierto que es difícil que llegues a ganarte su confianza porque este tipo de enfermos están predispuestos a ver enemigos en todas partes. No suelen ser violentos, pero eso no quiere decir que, de forma muy esporádica, te trate con brusquedad. Incluso pudiera

ser que alguna vez fuera capaz de levantarte la mano.

—Y si es así, entonces, ¿qué hago? ¿Puedo actuar como hago con el resto de enfermos?

Los ojos de Faustino sonrieron a través del espejo.

—Lo primero que debes hacer es protegerte... y después tratar de reconducir la situación. Supongo que sabes desenvolverte bien en estos casos, ya sabes, apaciguándolo con palabras cariñosas y mostrando tranquilidad, pero siempre con una firmeza que él pueda percibir —le explicó después de cerciorarse con un rápido vistazo de que el anciano no le escuchaba—. Diego es viejo, está enfermo, pero sus condiciones físicas están intactas. Es una persona fuerte en todos los sentidos.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Que a sus setenta y cuatro años no se va a resfriar con facilidad y que todavía puede hacerte daño si te alcanza.

La carretera desliaba un sinfín de curvas sobre crestas de suaves lomas o valles poco profundos. Cada giro descubría indistintamente un barbecho, un rastrojo o una pradera reseca colmada de carrascas. Pero Samuel sólo era capaz de disfrutar unos pocos segundos en silencio de aquellas bellas imágenes antes de que la potente voz del médico lo rompiera.

—Hay algo más. Los servicios sociales del Ayuntamiento nos han asignado a una mujer para que te ayude. Me han asegurado que es de total confianza, eficiente y cumplidora. La verdad, yo no creo que te haga falta ayuda pero no he podido negarme —hizo una pausa—. Aunque, sopesándolo con más tranquilidad, te vendrá bien alguien conocido que te reemplace a la hora de tomarte un descanso o ausentarte para realizar cualquier

La Torre del Gallo

trámite burocrático, alguien con quien tengas contacto permanente y no un celador distinto cada semana que te releve por un día o dos. En cualquier caso, debes tener presente que la voz cantante la llevas tú, ¿eh? Eso que no se te olvide. No dejes que te avasalle. Al fin y al cabo, ella no sabe con qué clase de enfermo va a enfrentarse y tú sí. El Ayuntamiento se ha escudado en que, además de una profesional, esta tal... (¿cómo me dijeron que se llamaba? —dudó—, ¡ah sí! Mencía). Pues te decía que esta mujer conoció en su día a Diego.

—Es un buen punto de partida.

Faustino torció el gesto.

—A priori pudiera parecer una suerte, pero no sé hasta qué punto confío en la fortuna. Han pasado cerca de cuarenta años desde que Diego desapareció. Supongo que a la pobre mujer le costará trabajo creer que no esté muerto. No sé para cuál de los dos la situación va a ser más impactante.

Faustino aminoró la marcha antes de abordar la curva que había tras una ligera pendiente. Entonces Sigüenza apareció frente a ellos como si, ex profeso, aquella mañana hubiera permanecido apostada con paciencia en la ladera de la colina para obsequiarles así, por sorpresa, con su mejor cara. La luz de aquel mediodía de septiembre hacía que la catedral y el castillo resplandecieran con soberbia robando protagonismo al resto de edificaciones que se apiñaban junto a ellos. Eran dos colosos emergiendo de un mar de viejos tejados que resbalaba cerro abajo para después dejarse morir fuera ya del alcance de la vista.

Samuel tenía sus sentidos atrapados en aquella estampa donde las piedras hechas arte desafiaban el paso del

tiempo. Agradeció la pausa que Faustino hizo por primera vez en su discurso y se dispuso a contemplar la ciudad con calma, disfrutando de ella sin otra interferencia que el murmullo del obsoleto motor diésel. Pronto sus ilusiones se evaporaron. Nada más sobrepasar las primeras casas, el médico desvió el coche hacia un edificio de dos plantas de principios de siglo que había junto a la carretera. Tiró del freno de mano y sacó las llaves del contacto. Después se deshizo del cinturón de seguridad y palmeó suavemente el muslo del anciano para despertarlo.

—Diego, hemos llegado —le dijo con tono amable al tiempo que se giraba para recoger del asiento trasero su chaqueta y una carpeta de piel.

El hombre entreabrió los ojos cegado por la claridad. Miró despacio a ambos lados y, tras vacilar un instante, se dispuso a abrir la portezuela para después descender del automóvil con movimientos pesados. Samuel ya le esperaba fuera y quedó sobrecogido por su presencia. Hasta entonces sólo lo había visto sentado en el asiento delantero. Diego ya acompañaba al médico cuando éste pasó a recogerle. Se trataba de un hombre alto, bien proporcionado, de espaldas anchas y ligeramente caídas por el paso del tiempo. Sus ojos negros se enmarcaban en el centro de un enjambre de profundas arrugas que se extendían hacia sus sienes blanquecinas. Los labios delgados, apretados, no esbozaban un asomo de sonrisa. De hecho, no expresaban sentimiento alguno. Parecían un insulso adorno de cartón piedra para completar una expresión grave y serena. Pero lo que más le impresionó fue su piel curtida, de un tono canela pálido. Jamás hubiera imaginado en una persona de su edad otro matiz

que no fuera un sucio ceniciento con el que los años manchaban a aquellos que inexorablemente se acercaban hacia su final. Pero el aspecto de Diego, incluso su actitud, le acusaba de estar más cerca de su plena madurez que de una incipiente senectud. Parecía encarar la vida con la frente alta y el ánimo intacto, despierto, casi coqueto, tal y como se atrevió a juzgar cuando se pasó la palma de la mano por su impecable cabellera gris para asegurarse de que seguía peinada, preparada para pasar revista. Allí plantado se asemejaba a un atlético Quijote vestido con una camisa blanca y unos pantalones de algodón color café.

Samuel le ofreció el brazo para que se apoyara en él pero Diego lo rechazó.

—¿Nos conocemos, joven? —preguntó con una voz rota que mostraba firmeza y decisión, casi desafío.

Antes de que el mestizo pudiera responder, el viejo le escupió una mirada escéptica.

—No trates así a Samuel. No te ha hecho nada —atajó el médico con simpatía.

—¡Pero no hemos sido presentados!

—Cierto, y toda la culpa es mía. Tienes que disculparme —se excusó rodeando el coche y situándose a su lado—. Este veinteañero te va a echar una mano hasta que te acomodes.

—Pues entonces no hay tiempo que perder. Se hace tarde. ¿Qué hora es? ¿Por qué nos hemos detenido aquí? Tenemos que llegar a mi casa inmediatamente. Hay que limpiarla, hacer la compra, comprobar si todavía funciona el frigorífico.

Diego hablaba con rapidez y sus ojos revoloteaban en el paisaje que se extendía a su alrededor sin detenerlos en ningún lugar.

Antes de contestar al viejo, Faustino se miró en la ventanilla del coche para comprobar que su cabellera negra y brillante de gomina continuaba perfectamente peinada.

—No te preocupes, que hay tiempo para todo, pero primero tenemos que saludar a la doctora Zarcos.

—¿Se encuentra usted mal? Yo soy médico. ¿Puedo ayudarle en algo?

Sus ideas parecían atropellarse en su cerebro de forma desordenada.

—No, Diego, no. Estoy perfectamente —y se puso la chaqueta—. Es una visita de cortesía, pero hay que hacerla. No hay más remedio. ¿Nos acompañas adentro?

El anciano observó con detenimiento a sus compañeros de viaje.

—¿Quién es este muchacho?

—¿Samuel?

—Samuel... —masculló para tratar de retenerlo en su memoria—. Quiero saber quién es, de dónde ha salido y qué quiere —terminó lanzándole una mirada que manaba desconfianza.

El mestizo no se sintió menospreciado. No era la primera vez que ponían en tela de juicio su valía. El trato con enfermos era difícil. No había término medio. Había obtenido casi a partes iguales cariño y frases ásperas e insolentes como aquella. Sabía que en muchas ocasiones alguien como él despertaba recelos en los ancianos, un sentimiento a veces de repulsión que no era extraño en personas que jamás se habían acostumbrado a convivir con gentes de distinta condición o raza a la suya. Por eso no le echó en cara que mostrara ciertos escrúpulos por tener a su lado a un joven de piel oscura fruto de la

unión de un padre camerunés al que nunca conoció y una madre vietnamita que no tardó en abandonarle en cuanto fue capaz de desenvolverse en la vida, con apenas catorce años. Al menos, Diego no le había descalificado llamándole «negro chino» como le habían bautizado sus compañeros de colegio en el barrio madrileño de La Elipa. Sabía que era un mestizo peculiar. Sus rasgos orientales y su tez tostada le daban un aspecto indefinido al que ponían la guinda sus limpios y cristalinos ojos verde oscuro, brillantes como la malaquita recién pulida, de mirada viva, inteligente. De su padre había heredado un cuerpo no demasiado alto pero fuerte, de músculos marcados y proporciones casi perfectas, y una apelmazada y maciza cabellera rizada; de su madre, una extraña belleza asiática que se acentuaba con una sonrisa perpetua.

—Samuel es tan español como tú o como yo —explicó Faustino mientras tomaba del brazo a Diego y comenzaban a caminar hacia el interior del Hospital de Santa Librada—. Como ya te he dicho, va a ayudarte para que tu regreso sea más fácil. Pídele lo que quieras y él lo hará.

—Quiero que se vaya. No me hace falta nadie para vivir en mi casa —respondió echando la vista atrás para constatar que el mestizo les seguía a dos pasos de distancia y le había escuchado perfectamente—. No me gusta.

Entraron dentro del edificio y cruzaron un amplio vestíbulo donde se repartían de forma estudiada dos docenas de asientos ergonómicos tapizados en azul eléctrico. Se acercaron al mostrador de admisión que había bajo un amplio panel luminoso en el que se informaba de la situación de las consultas. Faustino preguntó a una joven recepcionista pelirroja por Victoria Zarcos.

—Soy el doctor Espiga.

—Neurología geriátrica, ¿no es cierto? —le dijo tras consultar la pantalla moviendo la palma de la mano sobre ella. Faustino asintió—. Aquí aparece la cita pero se han adelantado.

—No es fácil calcular el tiempo viniendo desde Madrid en un viejo automóvil.

—No importa. La doctora llegó hace unos minutos y está en su despacho. La avisaré para ver si puede recibirles ahora.

La joven volvió a sobrevolar la pantalla con su mano moviendo sus dedos como si acariciara la piel de un recién nacido. Unos segundos más tarde les indicó que podían pasar a la consulta.

La puerta se abrió automáticamente tan pronto como el trío se detuvo frente a ella. Penetraron en una estancia amplia y luminosa reformada hacía pocos meses bajo los nuevos cánones del Ministerio de Salud Pública. Estaba decorada austeramente en colores blanco y verde manzana. Tras un ventanal cubierto por una cristalera traslúcida estaba la mesa de la doctora Zarcos, una mujer teñida de rubio que, por su aspecto, hacía poco tiempo que habría sobrepasado los cuarenta. Se levantó para recibirles y estrechó la mano de su colega y de Diego con firmeza. No lo hizo con Samuel, quizá porque éste se quedó rezagado junto a la entrada en actitud discreta y respetuosa. Los dos hombres tomaron asiento mientras la doctora se colocaba unas coquetas gafas de montura transparente y leía la pantalla.

—Perfecto. Aquí está —dijo dando constancia a la transferencia del expediente desde el Hospital que había acogido a Diego en Madrid—. Como ya sabe, doctor Es-

piga, el protocolo «Custodia e Integración» nos obliga a realizar un chequeo al paciente antes de hacernos cargo de él. Así que, si no tiene inconveniente, avisaré para que lo inicien de inmediato. De esa forma podremos charlar sin prisas —Faustino consintió con un gesto de su mano, como si se tratara de un mosquetero saludando a la reina—. Por cierto, no he leído si ya lleva ajustada la I.M.U. Hemos vuelto a tener de nuevo una sobrecarga en la Red. Quizá el expediente aún no esté actualizado.

—Se la implantaron el sábado por la tarde.

—¿Se refiere a esa carnicería que me hicieron en el brazo? —interrumpió Diego de forma brusca.

—No sea exagerado —respondió Victoria con dulzura—. Apenas debió de ser un pequeño corte y poco más.

—¡Ah, señora! No fue tan superficial —se quejó—. De todas maneras, no sé por qué tengo que estar controlado con un microchip como si fuera un perro.

Los dos médicos rieron.

—La I.M.U. no es un identificador canino. Es mucho más que eso —le explicó Faustino—. Con ese aparatito del tamaño de un botón podemos tener de forma inmediata todas tus constantes sin necesidad de comenzar a realizarte un rosario de pruebas lentas e inexactas.

—¿Qué pruebas?

La doctora sonrió al anciano con afecto antes de responderle.

—Tensión arterial, temperatura corporal, análisis de sangre con dos docenas de determinantes, saturación de oxígeno...

—¿Me está diciendo que *esa cosa* puede hacer las funciones de un *pulsioxímetro* o realizar una serie roja completa? —se interesó ahora lleno de incredulidad.

—Y también blanca, y calcular el volumen de azúcar, y el de triglicéridos... Son los avances de la ciencia, que no nos dejan de asombrar —le expuso de forma cordial.

Diego alzó las cejas con escepticismo.

—Entonces, si es así, ¿qué clase de chequeo tengo que pasar ahora? Sáqueme ese maldito botón del brazo y mire a ver qué le cuenta.

Los dos médicos volvieron a reír.

—La I.M.U., quiero decir, la Unidad Médica Integrada, se lee con un aparatito que, esta vez sí, lo admito —suspiró con gracia como una colegiala—, es muy parecido al que se utiliza para identificar a los animales. Pero antes hay que darle instrucciones precisas de lo que tiene que hacer por ahí dentro —le explicó moviendo los dedos como si estuviera tocando el teclado de un piano—. Al fin y al cabo, no deja de ser un ingenio mecánico al servicio de nuestra salud. En cualquier caso, del chequeo no puede librarse. Es el protocolo que hay que seguir cuando hay traslados de paciente y por mucho que yo pueda llegar a comprender su enojo, debe realizárselo. Son las normas y usted, como colega nuestro, no estará dispuesto a saltárselas a la torera, ¿verdad?

El anciano pareció recapacitar unos segundos. Paseó la mirada por la habitación para terminar en los ojos azules de la doctora.

—No recuerdo ninguna norma que obligue a un chequeo inicial.

—Es un protocolo recién aprobado. Además, serán sólo unos pocos minutos.

Una enfermera vestida con un mono de trabajo blanco entró en la consulta y se llevó a Diego a regañadientes sentado en una silla de ruedas. Una vez la puerta se ce-

rró, la doctora Zarcos tomó la palabra.

—Supongo que usted es el custodio asignado por el Ministerio —le dijo a Samuel haciéndole un gesto para que se acercara y tomara asiento. El mestizo obedeció—. No sé qué experiencia tiene con otro tipo de enfermos, pero si el diagnóstico es firme, es de suponer que con éste no vaya a tener demasiadas complicaciones.

—El dictamen no sólo es firme, sino que además es exacto —precisó Faustino de manera tajante mientras jugueteaba con uno de los rizos engominados que adornaban su nuca—. Diego sufre sin duda el síndrome de Korsakoff. Los análisis y las pruebas así lo demuestran. Además, la carencia de tiamina es patente. Por cierto, como habrá podido leer en su expediente, la I.M.U. ya está programada para liberar regularmente unidades de vitamina B1.

La doctora le hizo una señal de calma con la mano.

—No vaya tan de prisa. Me gustaría tener la máxima información sobre los antecedentes de Diego antes de hacerme cargo de su seguimiento y control.

Faustino soltó una corta carcajada antes de recostarse en la silla y cruzar las piernas.

—A todos nos gustaría saber algo más de Diego, pero los últimos cuarenta años están en blanco.

—¿Los han extraviado?

—El perdido era el propio Diego.

A Victoria aquella adivinanza no le hizo gracia.

—No le comprendo. ¿Era alcohólico? Supongo que antes de sufrir la psicosis de Korsakoff habrá padecido una encefalopatía de Wernicke y habrá tenido seguimiento médico.

—No todos estos enfermos han tenido que pasar necesariamente por la encefalopatía de Wernicke en una fase

anterior. En el caso de Diego, su hígado está en un estado excelente para la edad que tiene, es decir, que no hemos encontrado signos relevantes de que haya sido alcohólico.

La doctora hizo una mueca de duda.

—Entonces debe usted perdonarme pero no entiendo nada —y posó las manos sobre la mesa con evidente gesto de fastidio.

Faustino miraba por la ventana con apariencia distraída.

—No me extraña su desconcierto. La historia de Diego es un misterio para todos, incluso para él. Veo que no ha sido informada al respecto.

—Pues no —confirmó cada vez más molesta por la actitud de su colega—. Espero que ahora lo haga usted. Tenemos poco tiempo. El chequeo no durará más de un cuarto de hora.

Faustino recompuso su postura, dejó los caracolillos de su nuca en paz y abrió la carpeta de piel para extraer una pequeña agenda electrónica.

—Entonces aprovechemos los minutos que nos quedan. Trataré de ser lo más breve posible sin perder concreción, aunque en este informe podrá consultar más tarde todos los detalles. ¿Puedo conectarme a su pantalla? —le pidió mirando el panel oscuro que había en la pared del despacho, a su izquierda.

Victoria Zarcos asintió sin dilación y la pantalla se iluminó. A los pocos segundos, tras el tintineo de una campanita, apareció un texto.

—Después lo transferiré a sus sistemas para que pueda estudiarlo con detenimiento cuantas veces quiera. Entretanto... —y operó con un pequeño puntero sobre su terminal—, permítame anticiparle que Diego Alcaraz desapa-

reció en Afganistán hace exactamente treinta y ocho años. En el 2006 desempeñaba una labor humanitaria en aquel país cuando, tras un ataque insurgente, fue capturado. Bueno, en realidad se le dio por muerto porque fue tal el amasijo de restos humanos que encontraron las tropas de la coalición al cabo de dos meses, que nunca se supo con exactitud a quiénes pertenecían. Su expedición fue objeto de una barbarie jamás conocida en acciones de guerrilleros talibán. Perecieron más de treinta personas, casi todos españoles, casi todos personal médico, casi todos inocentes.

—¿Casi todos inocentes? ¿Qué está diciendo?

—Como puede leer ahí —y tras mover el puntero sobre su agenda la gran pantalla cambió de página—, las investigaciones fueron muy complejas. Al parecer, uno de los guías, un falso intérprete, se inmoló en mitad del campamento camino de no sé qué zona. Llevaba una carga explosiva descomunal. Muchos de los vehículos y del equipo quedaron despedazados y esparcidos por medio desierto. Una de las hipótesis asegura que también uno de los coches llevaba una carga como para volar medio país. Después de la masacre, hubo un contraataque talibán y aquellos bárbaros se dedicaron a quemar los cuerpos y a dejarlos posteriormente a la intemperie. Cuando por fin se localizó el lugar exacto... Bueno, aquello era más parecido a un basurero que a un cementerio. Los insurgentes habían diseminado los restos por una zona muy amplia. Faltaban huesos, cráneos... Se empezaron a hacer pruebas de ADN a todo aquello que se encontró pero los resultados no fueron exactos... Ya puede figurarse que hace medio siglo eran procedimientos muy rudimentarios y laboriosos, y lo que hoy apenas nos lleva dos

días antes precisaba de varios meses. Ahí tiene parte de los resultados —y esperó a que la doctora leyera por encima un listado—. La cuestión es que al final les faltaba y sobraba gente. Un caos. Aquellos bárbaros habían mezclado los restos de los españoles con los de otras víctimas... Un horror... Aún no sé cómo hay personas capaces de hacer estas cosas.

—No se altere. Aquella guerra absurda pertenece ya a un pasado lejano.

—Y tanto. ¿Sabe, doctora? Yo nací el mismo día en que Diego fue dado oficialmente por muerto.

—No entiendo nada. Está claro que este hombre está vivo.

Faustino volvió a mover el puntero sobre su agenda y en la pantalla apareció una nueva página con una cruz roja en su extremo superior izquierdo.

—Diego fue a Afganistán para desempeñar una labor humanitaria como médico internista. Para entonces había terminado de cursar la residencia en el Hospital Universitario de Guadalajara. Anteriormente no había dejado escapar la ocasión de participar activamente en otras misiones. Si no recuerdo mal, se había recorrido África de este a oeste. También estuvo desplazado en lugares tan dispares como Irak o Guatemala. Guerras, inundaciones, terremotos... ¿Recuerda el gran *tsunami* en el sudeste asiático en el año 2005? Él fue de los primeros en llegar. Por lo visto, era de esa clase de médicos que soportan el trabajo duro en condiciones extremas.

—Le ruego concreción —se impacientó la doctora.

Faustino resopló con prepotencia antes de continuar.

—Está claro que Diego no murió en el atentado que fulminó la vida de sus compañeros. Sobrevivió con pocas

secuelas a juzgar por la casi ausencia de cicatrices que hay en su cuerpo. Debía de estar lejos del campamento cuando a aquel desgraciado le dio por detonar la carga, o quizá algún vehículo le sirvió de parapeto protegiéndole de la explosión. Sabe Dios lo que le salvó de morir. En cualquier caso, sus recuerdos sobre aquel episodio son prácticamente nulos. Alguna nebulosa recorre su mente...

—No será la única.

—No, en absoluto. La cuestión es que no le puedo contar nada más sobre su vida hasta hace dos meses, cuando, gracias a la financiación que me concedió Naciones Unidas para un proyecto de investigación asistencial, fui yo mismo quien me trasladé a Afganistán para realizar un estudio sobre neurología geriátrica en pacientes terminales. Visité dos clínicas antes de llegar a una aldea cercana a la ciudad de Yakowlang, en la región de Hazarajat, una de las zonas más deprimidas y olvidadas del país—y un mapa saltó a la pantalla—. Iba acompañado de un intérprete que me traducía aquello que nuestros colegas afganos podían contarme sobre la evolución y tratamiento de los internos. La suerte quiso que justamente allí, en aquel hospital de mala muerte perdido entre montañas y cañones casi inaccesibles, me decidiera a estudiar a algunos de los enfermos para complementar mis estudios.

—¿Y cómo es que dio con él?

—Estuve dos días reconociendo pacientes. Una tarde, harto de ver cabezas cubiertas por turbantes, de repente encontré una que lucía una antigua y raída boina. Bajo ella descubrí a un hombre que hablaba el español sin acento, sin vacilaciones, con soltura. Le pregunté su

nombre y sólo acertó a contestarme: *¿Van a sacarme ya de esta cárcel de mierda? Han empleado más de tres años en encontrarme. Espero que no tarden lo mismo en devolverme a mi país.*

—¿Tres años? —La doctora se levantó y avanzó hasta el panel donde ahora aparecía una fotografía de un irreconocible anciano delgado y barbudo con los ojos azabache de Diego.

—Perdón si me he despistado pero, ¿no ha dicho que llevaba perdido no sé cuántas décadas y que su visita fue hace dos meses? —se interesó Samuel, que tampoco entendía nada.

—Para Diego los últimos treinta y ocho años se resumen en tan sólo tres, quizá cuatro, pero no mucho más. Está convencido de que vive en el año 2009 y no en el 2044. Este desfase temporal es lo que me ha llevado a concretar su diagnóstico como síndrome de Korsakoff —Faustino hizo una pausa para observar el gesto de sus dos interlocutores. Se levantó y comenzó a deambular por la habitación—. ¿Conocen el mito de los soldados japoneses en la Segunda Guerra Mundial? Aun cuando la contienda ya había terminado, muchos quedaron aislados en infinidad de islas a lo largo y ancho del océano Pacífico sin más referencia que su fusil y las palabras de un emperador que les había conducido a una guerra expansionista en pro de su grandeza. Cuando años más tarde fueron rescatados de su aislamiento, la mayoría de ellos no sólo ignoraban que la guerra había terminado hacía una eternidad, sino que hubieran jurado que sólo habían pasado unos pocos meses desde que fueron abandonados a su suerte con una misión imposible de cumplir. En ese caso, el desfase temporal fue consecuencia de la falta de comu-

nicación y una desnutrición que duraba varios meses, incluso años. Quizá no sea el ejemplo más adecuado para explicar la causa de la demencia de Diego —puntualizó volviendo a tomar asiento—, pero las consecuencias han sido las mismas. El cerebro de los enfermos con el síndrome de Korsakoff pierde toda referencia temporal a causa de la ausencia de vitamina B1 por una más que deficiente alimentación y, en la mayoría de los casos, por alcoholismo severo. Es como si su reloj interno se encasquillara en un momento concreto de sus vidas y su funcionamiento se ralentizara de tal manera que su percepción de la realidad quedara alterada, lastrada.

—Le va a costar ponerse al día —se atrevió a intervenir de nuevo Samuel.

—¡Ojalá fuera todo tan sencillo! El problema de estos enfermos es su reducida capacidad de aprendizaje —y un diagrama sembrado de cajitas unidas por flechas se reflejó en la pantalla—. A partir de la aparición de los primeros síntomas ya no pueden retener recuerdos nuevos. La recuperación es lenta y nunca es completa. Más bien diría que en muy pocos casos se logra alguna mejoría, aunque jamás hay que perder la esperanza. Les pondré un ejemplo ilustrativo: si estos enfermos aprendieron a conducir un automóvil cuando estaban sanos, esas instrucciones quedaron capturadas en su cerebro de una forma natural y están expuestas al mismo riesgo de olvido que podría sufrir cualquier persona de edad avanzada. Pero si nunca supieron manejar un coche, es muy difícil, casi imposible, que puedan hacerlo ahora. Cualquier enseñanza que se les imparta a partir de ese momento quedará borrada casi al instante. Sólo la administración periódica de tiamina y una instrucción constante podrían

obrar el milagro. Se han dado casos en los que el enfermo ha recuperado casi totalmente su potencial, pero son excepciones que no podemos incluir dentro de la norma.

—Así que todo su saber se limita a lo que aprendieron antes de caer enfermos —rumió para sí el mestizo—. Es como si vivieran atrapados en el tiempo.

—Y no sólo eso, sino que cualquier objeto que desconozcan, por muy cotidiano que nos pueda parecer, para ellos es un mundo distinto, en muchas ocasiones una pesadilla cercana a la ciencia-ficción. Ya han visto cómo Diego recelaba de la I.M.U. Eso provoca en los enfermos que se inclinan a confabular con cierta frecuencia, es decir, a acomodar la realidad a una situación inexplicable y hostil. Quiero decir que es muy habitual que piensen que todo el mundo conspira continuamente contra ellos, una especie de paranoia que provoca cambios de humor repentinos, inexplicables. ¿Qué pensarían ustedes si todas las personas que les rodean les aseguraran, así, de repente, que no vivimos en el año 2044 sino tres décadas después? Desconfiarían de ellos, ¿verdad?

—Supongo que lo mejor es introducirles poco a poco en su nuevo mundo —intervino la doctora.

—Es lo más conveniente. Las novedades hay que dosificarlas de tal manera que en ningún momento se sientan desorientados y aflore su irritabilidad. Para que se hagan una idea, hoy he traído a Diego hasta aquí en un coche con motor diésel en lugar de utilizar uno eléctrico. ¿Por qué? —se preguntó a sí mismo alzando las cejas y continuó hablando sin darles tiempo a responder—. Si llego a hacerlo en uno moderno, sólo la decoración de su interior ya le hubiera llamado la atención sobremedida. ¡Imagínense la ausencia de humo o de ruido!

El comunicador electrónico de Victoria emitió un sonido estridente para alertarle de que tenía un aviso en la pantalla de su mesa.

—Acaba de llegar Mencía —les anunció tras leer el mensaje.

—Por favor, hágala pasar. Junto con Samuel, todo esto que estamos hablando les interesa más que a ningún otro.

Esperaron en silencio a que la puerta se abriera automáticamente. El mestizo se levantó para ceder su silla a una mujer de cabellos blancos que irrumpió en el despacho con respeto, quizá con aprensión, a juzgar por su caminar indeciso a la hora de dirigirse hacia la mesa. Una mueca de sonrisa forzaba unos labios finos y ajados por los años.

Faustino fue a su encuentro y le tendió la mano antes de pedirle que tomara asiento junto a él. Se trataba de una anciana de aspecto formidable, despierta, de mirada curiosa y ademanes enérgicos.

—Mencía trabaja en los servicios sociales del Ayuntamiento —explicó la doctora Zarcos—. Ha sido escogida tanto por su efectividad en asuntos concernientes a problemáticas familiares como por su larga experiencia con enfermos dependientes aquejados de cualquier tipo de demencia. Además, tenemos la suerte de que antaño conociera a Diego.

La mujer deslizó sus ojos claros por el despacho en busca de su amigo.

—No está aquí —constató Faustino adivinando su inquietud—. Están realizándole un chequeo rutinario. No tardará en volver. De todas formas, señora, no quiero que se ofenda por lo que voy a decirle, pero quizá no

sea usted la persona más adecuada para atender a Diego —le espetó mirándola de arriba abajo.

—¿Por qué?

La voz de la mujer había sonado dura, fuerte, como si la pregunta fuera en realidad una orden. Aquella presencia un tanto angelical había vomitado de repente carácter y determinación.

—Quizá me estén engañando las apariencias pero... —admitió el médico.

—No hay duda de que no soy una jovencita que ha estudiado en la escuela de enfermería —se defendió estirándose la falda hacia las rodillas—, pero sé hacer mi trabajo. No piense que porque vaya a cumplir setenta años he dejado de ser válida.

—Mi intención no era menospreciar sus capacidades —se excusó el médico sin ganas.

—Supongo que esperaba una ayudante mucho más joven, pero Mencía tiene unas excelentes referencias —aclaró la doctora—, las mejores para un trabajo como éste. Lleva colaborando con nosotros mucho tiempo de forma satisfactoria. Ella se ha ocupado de abrir la casa de Diego y coordinar los trabajos de rehabilitación y acondicionamiento para que la encuentre como si no hubiera faltado ni un solo día. Por supuesto que no es una enfermera especializada; es una trabajadora de los servicios sociales. Su labor no exige la fuerza de una mujer joven porque para ese cometido usted ha conseguido que el Ministerio le haya concedido un celador que se ocupe de ayudar a Diego a vestirse, a lavarse, a subir o a bajar escaleras, a sentarse o a ponerse de pie.

El doctor Espiga se inclinó hacia delante.

—Diego no necesita asistencia alguna en ese sentido.

Puede desenvolverse perfectamente. Si Samuel está aquí es porque solicité a una persona que se hiciera cargo justamente de estar con el enfermo día y noche los primeros meses, hacerle compañía y, ya de paso, resolver los problemas burocráticos que sin duda irán surgiendo. ¿Sabe? Nos ha costado mucho esfuerzo resucitar a Diego, volverle a dotar de documentación, conseguirle una pensión y cobertura médica. Y aún queda un mundo por tramitar.

—Justamente por eso está aquí Mencía —contraatacó la doctora—. Supongo que al principio Samuel estará saturado para atender adecuadamente todas sus obligaciones. Estimo que durante un tiempo podrían colaborar, complementarse, servirse de mutua ayuda. Ella es bien conocida en todas las administraciones oficiales de la ciudad. Le abrirá muchas puertas que al principio pueden parecer cerradas. Le agilizará muchos trámites y simplificará su trabajo. Además, y esto es importante, se me ocurre que ella pudiera ser el mejor puente para trasladar a Diego desde su pasado hasta su nueva vida de una forma cuidada.

Faustino sopesó unos segundos las palabras de la doctora sin apartar la vista de la mujer.

—Samuel tiene mucha experiencia con enfermos y ha sido instruido en el tratamiento de personas bajo el síndrome de Korsakoff. Ya que insiste, no veo inconveniente en que Mencía le ayude, pero siempre bajo su tutela. Si ocurriera algo, cualquier cosa, incluso un accidente, no sólo le pediré responsabilidades a él sino a usted también —dijo mirando alternativamente al mestizo y a la doctora, obviando a propósito la presencia de la mujer.

—No sea tan suspicaz —le contestó Victoria con una sonrisa—. El enfermo va a estar cuidado de maravilla.

En eso estamos poniendo todos nuestro empeño, ¿verdad?

El comunicador electrónico de la doctora volvió a chillar con estridencia. Le estaba avisando de que alguien esperaba fuera. Observó la pantalla y vio a la enfermera tras la silla de ruedas donde descansaba Diego. Un gesto de su mano sobre el monitor hizo que la puerta se abriera. Todos menos Mencía sonrieron al recién llegado. La mujer se había quedado bloqueada por la emoción y la sorpresa de tener ante ella a un fantasma. Su sola presencia le sugirió una ánima atormentada que había vuelto del purgatorio con el único propósito de desenterrar toda una vida que ya estaba oculta y olvidada para siempre. Ni siquiera se permitió permanecer cerca de él. Se levantó despacio y se retiró a un lado del despacho. Cuando el anciano quedó frente a la mesa, la mujer se despidió a sus espaldas con un hilo de voz y desapareció. Prefería que su reencuentro estuviera fuera del alcance de ojos extraños.



Faustino se despidió de la doctora Zarcos en la puerta principal de la Clínica de Santa Librada y se introdujo en el coche donde le esperaban Diego y Samuel. Arrancó el viejo motor diésel y se dirigieron hacia la parte alta de la ciudad por la Bajada de San Jerónimo, una cuesta empinada y ancha que terminaba cerca del castillo. Llegaron hasta la calle del Portal Mayor, pasaron por debajo del arco que se abría en los restos de la muralla medieval y, tras girar a la derecha, embocaron la angosta calle de la Sinagoga. Aparcaron a un lado para no entorpecer el paso. Allí estaba la casa de Diego, en la zona más antigua de Sigüenza. Se trataba de un edificio de dos plantas. La fachada de piedra mostraba un arco de medio punto en el que aparecía encajada una puerta de madera deteriorada por el abandono. A su derecha se abrían en sus gruesos muros un par de ventanucos con unas bonitas vidrieras de colores con dibujos geométricos. Sobre ellas, en el primer piso, dos balcones permanecían abiertos de par en par. Samuel corrió al maletero para sacar el equipaje. Aún estaba de espaldas con el cuerpo encorvado sobre el vehículo cuando escuchó abrirse el portón y cómo una voz de mujer les recibía.

—Sean bienvenidos —les dijo una joven extranjera, seguramente rumana a juzgar por su acento.

El mestizo giró el cuello hacia ella y la observó de soslayo. Tenía el cuerpo menudo, las mejillas pecosas y una cabellera rubia que recogía con un pañuelo estampado de flores anudado bajo la nuca.

—Espero que encuentren todo a su gusto—continuó—. Acabo de revisar la casa y creo que no falta de nada.

Diego se había plantado delante de la muchacha y la miró de forma inquisitiva.

—¿Qué quiere decir con que no falta de nada?—preguntó alertado.

—He comprado comida para toda la semana. También he repuesto la ropa de cama, toallas, manteles... Acabo de terminar de hacer la última limpieza y me he asegurado de que los aparatos funcionen correctamente, a excepción de la U.D., que yo de eso sé poco, más bien nada. ¡Pero no se preocupe!, que un técnico pasará más tarde a configurarla. Mi jefa les entregará el mando principal y comprobará que todo está en orden. Está a punto de llegar.

—¿Cómo te llamas?—la interrogó con rudeza el viejo.

—Katia.

Entonces la señaló con la mano, que mostraba un ligero temblor.

—No quiero verte más por aquí o llamaré a la Guardia Civil. Devuélveme las llaves y todo lo que te hayas podido llevar de mi casa.

Los ojos azules de la muchacha se abrieron desconcertados. Entonces Faustino medió con la seguridad que le concedían los dos meses de estrecha convivencia junto a su descubrimiento.

—Katia es una vieja amiga mía—mintió para calmar los ánimos de Diego—. Ahora mismo nos dará todo lo

que pides, pero mientras llega su jefa y dejamos las cosas claras, lo mejor es que nos enseñes tú mismo la casa y compruebes si falta algo.

Diego no abandonó de inmediato su actitud áspera. Repasó con mirada impertinente el rostro de la joven como queriendo escrutar sus intenciones. Unos segundos después, tras un leve bufido, se encaminó hacia el interior de la vivienda. Fue entonces cuando Samuel constató los ligeros temblores que sacudían las manos del viejo y sus pasos vacilantes, como si tuviera miedo a caerse por un inoportuno traspie en el empedrado irregular de la calle.

—No debes hacerle caso —aconsejó el mestizo a la muchacha tan pronto como los dos hombres desaparecieron en el interior de la casa—. El viejo está enfermo. Tiene muchos pájaros en la cabeza.

Ante aquellas palabras, Katia pareció sentirse más tranquila. Tenía el gesto agradable, bello, con una expresión cándida y sosegada. Deshizo el nudo del pañuelo y aireó sin provocación su media melena dorada, que descansó mansamente sobre sus hombros.

—Me ha asustado —le dijo casi quejándose.

—Con ese genio y ese vozarrón, ¡a quién no! Este hombre lleva perdido cuarenta años y se ha vuelto muy desconfiado. Es mejor no importunarle. Ahora mismo todo le molesta —y miró a ambos lados de la calle—. Yo que tú le haría caso y esperaría afuera a que viniera tu jefa.

Samuel entró en la vivienda y dejó las dos maletas en un recibidor que, según le estaba diciendo Diego a Faustino en ese momento, a buen seguro había hecho las funciones de leñera cuando se construyó la casa, hacía más de tres siglos. Los techos eran bajos. Estaba seguro de

que si el viejo alzaba el brazo podría tocar la escayola apenas dando un saltito. Dejaron la entrada y se adentraron en el salón, una amplia estancia con dos alturas separadas por un mamperlán de madera desgastada y oscura. A través de las dos ventanas que había frente a él en la fachada posterior podía observar con dificultad un jardín trasero sumamente descuidado, selvático, al que se accedía por un postigo esquinado. Las vigas desnudas rayaban el techo de escayola cruzando de un muro a otro.

—El suelo no es el original. Lo restauré hace poco tiempo —les descubrió Diego mientras se encaminaba titubeante hacia la única habitación de la planta baja que, junto con la cocina, miraba a la calle—. Aunque parezca tan añejo como el techo, es sólo una buena imitación de las antiguas baldosas de cerámica que cubrían el piso. Estaban muy deterioradas.

El anciano se movía por la casa despacio pero decidido, como si se hubiera despertado allí esa misma mañana. De todas formas, una expresión de añoranza en sus ojos negros le acusaba de sufrir una gran emoción por el reencuentro. Toqueteaba con delicadeza los muebles, las paredes, los marcos de las puertas y los viejos interruptores atornillados en las paredes.

—No funcionan —le explicó Faustino cuando Diego trató de conectar una luz que, de improviso, se encendió automáticamente tan pronto como comenzaron a subir las escaleras hacia la planta superior—. La U.D. debe de estar funcionando en modo estándar. Supongo que hoy mismo la dejarán programada.

—¿La U.D.?

—Es la Unidad Domótica. Todo esto ha cambiado un poco mientras has estado fuera —le dijo ayudándole a

coronar los escalones—. ¿Qué tal se te daba el manejo de los ordenadores?

El viejo dudó antes de responder.

—Simplemente me entendía con ellos.

—Pues entonces no tendrás problemas. La U.D. va a llevar tu casa con más celo y eficacia que la mejor doncella —le dijo sabiendo que era una ilusión, que Diego seguramente no sabría dominar jamás un sistema informático que se encargaba de los accesos a la vivienda, de abrir y cerrar puertas y contraventanas, de encender luces, de coordinar la despensa con el frigorífico y regular su funcionamiento, de controlar el teléfono, la televisión, el climatizador, las pantallas y hasta el flujo de agua y gas, un sistema que desde hacía dos décadas podía manejar un niño de ocho años pero que el viejo estaba condenado a priori a olvidar todos los días.

—Te echaré una mano en lo que necesites —le dijo Samuel uniéndose a ellos en el distribuidor de la planta superior—. A mí no se me dan nada mal todas estas modernidades.

—Entonces tendrás que estar junto a mí todo el tiempo hasta que lo aprenda —su voz ronca y fuerte resonaba contra las paredes—. ¿Cómo te llamas?

—Samuel.

—Y bien, Samuel, ¿no hay posibilidad de que estas llaves de la luz vuelvan a funcionar?

No le respondió. No le merecía la pena inventar una excusa porque ésta se habría desvanecido en su cerebro ante cualquier otra novedad.

Arriba había dos dormitorios con sus respectivos aseos y una salita de estar con un sofá, una mecedora y un butacón. La escalera de madera, presidida por un hermoso

cuadro del maestro cincelador Canfrán Lucea, continuaba su ascenso hasta la buhardilla, una cámara alargada, vacía de muebles e iluminada por dos grandes claraboyas que permitían que la luz del mediodía se estrellara con fuerza contra el suelo.

Fue en ese momento cuando escucharon la voz de Katia llamándoles desde el salón y bajaron para encontrarse con ella y con Mencía.

—Es mi jefa —les anunció.

Al contrario de lo ocurrido en el despacho de la doctora Zarcos, esta vez la mujer sí sonreía. Estaba de pie al borde del peldaño que dividía el salón en dos mitades, con el resplandor que entraba por la puerta principal a sus espaldas. Dejó su bolso sobre una mesa donde podían acomodarse media docena de comensales y pidió que se sentaran. Quería comentarles los trabajos que habían hecho en la casa con la subvención que el Estado y el Ayuntamiento habían concedido de forma meteórica.

Katia sirvió un refresco en vasos de cristal mientras la mujer les relataba los permisos que habían obtenido del juzgado y de la Administración para volver a abrir la casa, cerrada durante casi cuatro décadas. Tras tantos años de abandono habían tenido que meterse a fondo en las faenas de limpieza y acondicionamiento. La normativa urbanística además exigía una serie de requisitos que hubo que cumplir bajo mínimos para que la vivienda resultara habitable. Una de las condiciones era la implantación de una Unidad Domótica, lo que conllevó la instalación de los correspondientes multi-sensores y pantallas, aparte de sustituir casi todos los elementos domésticos.

—Ya saben ustedes a qué me refiero —continuó después de dar un sorbo a su vaso—, acondicionamiento de

puertas, ventanas, grifería, luz... Y ya que estábamos metidos hasta el cuello realizamos algunos arreglos en paredes y techos incluido el tejado. Por supuesto compramos pantallas para las habitaciones principales, esto es, cocina, salón y los tres dormitorios, tanto los de la planta superior como el pequeño de la planta baja. Habría que instalarlas también en la buhardilla y en el aseo principal, pero eso ahora depende de Diego y de cómo se apañe con ellas. ¡Ah! Del jardín no se preocupen. Un muchacho vendrá dentro de unos días a limpiar todo ese follaje.

—Perdone, señora —interrumpió Diego. Aunque con educación, su voz rota y su impulsividad avinagraban sus intervenciones—. Hay una cosa que no entiendo.

—Usted dirá...

El anciano se frotó las manos con torpeza antes de decidirse a hablar.

—Verá, es que a mí no me gusta demasiado la televisión. Usted ha dicho que han comprado pantallas para toda la casa. A ver... —dijo moviendo las manos con cierta dificultad—. ¿No habría posibilidad de devolver esos televisores y emplear el dinero en otras cuestiones más necesarias? Quiero mis llaves de la luz.

Faustino se atrevió a aclararle que las pantallas de las que hablaba no sólo estaban diseñadas para servir de receptores, sino que eran una forma fácil y sencilla de comunicarse con la U.D. y con el exterior, un engendro electrónico que unificaba la telefonía, la informática y la domótica de forma personalizada para cada usuario. Le reveló que ya no había diferencias entre un ordenador, un teléfono, una radio o una televisión, que cada uno llevaba su casa y su vida dentro de un bolsillo y ac-

cedía a la información a través de un mando multifunción conocido por todos como *multi*, un terminal del tamaño de una pequeña agenda electrónica, algo más gruesa que los teléfonos móviles que él había conocido. Con aquel aparato podía encender la luz de la cocina, programar el climatizador, llamar a un amigo o enviar un mensaje de texto sin escribir una sola palabra, y todo desde cualquier parte del mundo. Además, no hacía falta conservar en la casa toda aquella información. Ya no era necesario comprar un ordenador que hubiera que mantener y actualizar continuamente. Las compañías de comunicaciones se encargaban de todo aquello, de conservar la información en sus servidores bajo una conexión instantánea de forma privada y aislada de interferencias. El único contratiempo que podía sufrirse era una sobrecarga en las redes de comunicación, una adversidad que sólo afectaba a las transmisiones de voz y datos pero que, gracias a un sistema de seguridad, no trastocaba las órdenes domésticas ya establecidas. En cualquier caso, siempre existía en cada vivienda un programa de emergencia capaz de funcionar de forma autónoma.

Diego pareció asimilar las explicaciones del médico cuando éste le entregó su *multi* para que lo observara. Sus dedos temblorosos rozaban con cuidado las teclas y la pequeña pantalla. Pareció más tranquilo hasta que su rostro reflejó una sombra de duda.

—Pero... A ver... ¿siguen existiendo los teléfonos móviles?

—En cierta manera, nunca han dejado de funcionar.

—Yo quiero mi propio número de teléfono —le pidió el viejo de forma rotunda.

—Solicitaré uno esta misma tarde —contestó Samuel.

—No quiero uno nuevo. Quiero el mío de siempre, el de toda la vida.

Todos intercambiaron una mirada.

—Veré lo que puedo hacer.

—Mejor no perder el tiempo y comenzar a trabajar cuanto antes —continuó el médico—. ¿Dónde podemos comer?

—Aquí mismo —les informó Mencía después de indagar a la joven rumana arqueando las cejas.

—Pues entonces no se hable más —concluyó Faustino—. Mientras Katia nos prepara la comida, Samuel puede averiguar cuándo va a venir el técnico de la U.D. Le echará una mano en su configuración. Al fin y al cabo, ésta también va a ser su casa durante un tiempo. Y ya que se encarga de todas estas cosas, puede preguntar por la recuperación del antiguo número de Diego.

—Y usted y yo..., ¿por qué no damos un paseo? —invitó Mencía al viejo.

Diego sonrió a la mujer y, tras consultar con el médico como si fuera un niño pidiéndole permiso a sus padres, accedió. Lentamente, caminaron en silencio calle Sinagoga arriba hasta desembocar en la calle de la Puerta Nueva. Subieron la cuesta y llegaron hasta la Plaza del Castillo, una explanada que separaba la ciudad de la fortaleza con sus dos imponentes torres gemelas al frente. Convertida en Parador Nacional a finales del siglo XX, estaba situada en la cima de una loma desde la que antaño, libre de edificaciones, podía divisarse toda la ciudad. La plaza terminaba en su parte oriental en un terraplén protegido por un murete de piedra. Desde allí observaron el pinar que se extendía hasta el cercano pueblo de Barbatona, una masa verde y ondulante como

un mar en calma que parecía no tener fin. Después de unos minutos en silencio, cruzaron de nuevo la plaza hacia el lado contrario. Lo que Diego recordaba como una pradera que caía mansamente hasta la carretera de Alcolea se había transformado en una amalgama de viviendas adosadas hasta perderse por el horizonte hacia el sur.

—Pero, ¿qué demonios han hecho aquí? —se asombró.

—¡Uy! Es el nuevo barrio de San Vicente. La población ha crecido tanto en todo este tiempo que hubo que ampliar la ciudad.

El viejo recorrió con la vista las hileras de casas dispuestas como si se tratara de un peine hecho de ladrillos. Parecía que las estaba contando una a una.

—¿Y no había otro lugar para hacerlo? Esto es una aberración —dijo indignado.

—Había varias posibilidades. Una de ellas era extender Sigüenza hacia Alcuneza pero no había demasiado suelo porque el cerro Otero frenaría muy pronto la expansión. La otra opción era cruzar las vías del tren y urbanizar los montes de Valdecán. Los ecologistas se echaron encima y, ¡bah!, no hubo forma de que el proyecto prosperara. Particularmente creo que, como mal menor pero necesario, ésta es la mejor alternativa. Desde aquí tiene un aspecto horrible porque la casona que había ahí ocultando la vista del barrio se derrumbó hace unos años —y señaló un solar—. De esa forma quedaba escondido a los ojos de los turistas... Pero no todo va a ser malo. Desde la carretera que viene de Madrid la visión del barrio es muy distinta. Han cuidado bien el impacto visual y las casas están hechas de tal manera que se integran con el resto de edificaciones. Desde allí se tiene una

vista en diagonal que no te deja ver las líneas paralelas de sus calles.

—Lo que sigo sin comprender es por qué han construido tanto.

—¡Uy! Sigüenza ha prosperado mucho en las últimas décadas.

—¿Décadas?

Mencía advirtió en ese momento su error y chascó la lengua.

—Cuando usted se fue apenas había censados cinco o seis mil habitantes, ¿no es cierto? Ahora, gracias a los parques tecnológicos que se han abierto en toda la comarca hay más de quince mil, y en verano nos multiplicamos por dos.

—Dios mío. ¿Dónde cabe tanta gente?

—Precisamente ahí —y señaló con la punta de su barbilla al nuevo barrio de San Vicente.

El viejo resopló, echó un último vistazo con gesto añorante y se encaminaron hacia la calle Mayor para bajar paseando hasta la catedral. El empedrado hacía que Diego se mostrara aún más inseguro al caminar y Mencía le ofreció apoyarse en su brazo. Pero él prefirió que ella lo hiciera en el suyo.

—Cualquiera de los dos puede tropezar y yo me siento más cómodo llevando a una mujer a mi lado y no apoyándome en ella —le dijo orgulloso después de sonreírle.

La calle Mayor no había cambiado apenas en todo el tiempo que Diego había estado ausente. El primer tramo hasta la Travesaña Alta era menos empinado que el resto. Las casas solariegas que se alzaban a ambos lados tenían un aire señorial, importante, majestuoso, justo hasta donde estaba la iglesia de Santiago Apóstol, una joya del

románico que, según le iba contando Mencía, habían tardado una eternidad en restaurar. Después de más de dos siglos de ruina, al fin lo habían conseguido. Diego quiso visitar su interior pero la iglesia estaba cerrada.

—Es mediodía. Ya tendrá tiempo de conocerla.

A medida que iban descendiendo la inclinación de la calle se hacía más acusada y se retorcía levemente hacia la izquierda. Las edificaciones que entonces encontraban a su paso dejaron de lucir un olvidado señorío medieval y fueron transformándose en viviendas algo más modernas de dos o tres alturas que seguían exhibiendo el paso de cientos de años en cada piedra, en cada puerta o en el enrejado de sus ventanas y balcones. Mediada la calle divisaron la fachada sur de la catedral, en la que resaltaba un impresionante rosetón sobre la Puerta del Mercado. Junto a ella se erguía la espigada Torre del Gallo coronada por un tejadillo a cuatro aguas sobre el que se alzaba una veleta metálica con la forma del ave.

La calle moría en la Plaza Mayor, de forma rectangular, casi cuadrada, pero con amplitud suficiente como para haber albergado durante siglos la fiesta de los toros. Allí se detuvieron unos minutos para observar con parsimonia la que había sido casa consistorial hasta hacía dos años, un edificio renacentista con una fachada de dos cuerpos adornados con arcos semicirculares y rematado por una galería arquitrabada.

—¿Por qué han cambiado de lugar el Ayuntamiento?
—preguntó Diego con curiosidad.

—Necesitaban espacio.

—¿Tanto ha crecido? —preguntó olvidando lo que minutos antes le había dicho Mencía sobre el nuevo barrio de San Vicente.

—¡Uy! No puede imaginarse cuánto. ¿Se acuerda usted del cine Capitol?

Diego miró los ojos de la mujer.

—¡Claro que lo recuerdo! Y le ruego que me tutee, por favor —le pidió con educación—. Si me permite yo haré lo mismo.

—Por supuesto que sí —le respondió halagada—. Pues como te iba diciendo, el cine ya no funciona.

—De eso hace años.

La anciana sabía que eran muchos más de los que él suponía.

—Vacieron el edificio del cine y, aunque conservaron el exterior, por dentro hicieron tres plantas con ventanas al paseo de la Alameda. La sala de fiestas que había cerca ha sido reconvertida también en oficinas y lo único que han respetado han sido los jardines, que aún continúan estando ahí, pero muy reformados. No los reconocerías. El edificio del antiguo Ayuntamiento ha recuperado su nombre original y ahora se llama la Casa de Arriba. Es un centro cultural.

Se detuvieron frente al edificio.

—¿Algún cambio más?

¿Alguno? Mencía se sentía incapaz de enumerarlos. Treinta y ocho años eran demasiados para que una ciudad como Sigüenza no hubiera sufrido una transformación considerable. Ciertamente era que la esencia de su belleza seguía intacta, sobre todo en el barrio antiguo, pero en otros aspectos resultaba irreconocible.

Anduvieron sin rumbo fijo por la Plaza Mayor. Continuando la línea de la calle por la que habían llegado se encontraba una casona de tres pisos llamada la Casa del Mirador, con una balconada corrida en su primera planta

y otros tantos unitarios en los dos pisos superiores. Junto a ella, cerrando la plaza, estaba la Contaduría del Cardenal Mendoza, un palacete solariego restaurado tras un incendio y que desde hacía tiempo, acorde a la magnificencia del edificio, era un lujoso hotel.

En el lado opuesto disfrutaron de la sombra y la belleza de los soportales de las casas que cerraron la ciudad hasta 1915. Diego redescubrió con fascinación los escudos del cardenal Mendoza y del canónigo Juan de León esculpidos entre sus balcones y los señaló con el dedo índice. Aún recordaba sus nombres y cuál pertenecía a cada uno de ellos. Pasearon bajo los pórticos protegiéndose del sol hasta llegar a un arco que atravesaba el edificio de lado a lado comunicándolo con el barrio de los hoteles.

—Y ésta es la Puerta de Toriles —dijo Mencía.

—Lo sé, pero todo el mundo la conoce como el arquillo de la Plaza Mayor... —dijo para sí con tono meditabundo para después girar la cabeza hacia la izquierda—. Aquí está el arquillo y ahí la Torre del Gallo —y se quedó observando embobado el tejadillo de la torre.

Mencía le presionó suavemente el brazo.

—¿Qué te ocurre?

—El arquillo y la Torre del Gallo —volvió a decir casi en un susurro.

Luego guardó silencio y, como si acabara de conocerla, observó a la mujer. Se fijó en sus ojos grises, en su tez pálida, en los surcos que atravesaban sin piedad sus mejillas para clavarse en las comisuras de sus labios; también en aquellos que cruzaban sin respeto su frente o le rodeaban cruelmente el cuello. Pero tenía un rostro hermoso que desprendía alegría y ganas de vivir, como

si se tratara de una adolescente que acababa de descubrir todo lo que le quedaba por delante. Sí, efectivamente era una mujer que no sólo debía de haber sido muy bella, sino que continuaba siéndolo. Luego reparó en sus cabellos blancos peinados con exquisito cuidado para repartir su volumen con uniformidad por toda la cabeza. Estaba seguro de que había comenzado a perder pelo y quería disimularlo. Llevaba con elegancia un vestido burdeos que le caía por debajo de las rodillas y calzaba unas zapatillas de lona de un color parecido, algo más oscuro.

—¿Te ocurre algo? —insistió Mencía.

Diego tenía un gesto dubitativo en la mirada.

—He vuelto a Sigüenza pero, no sé, hay algo extraño que me hace pensar que... Quiero decir que hay cosas que no han cambiado pero que parecen decirme algo...

La anciana tomó las manos de Diego entre las suyas.

—¿Recuerdas, Diego?

El viejo le miró a los ojos.

—¿Qué tengo que recordar?

El semblante de Mencía se tornó triste.

—No importa—le dijo apretando sus manos para hacer frente a que el hombre tampoco la había reconocido a ella—. Es hora de volver. La Katia habrá terminado de hacer la comida.

—¡Espera! —y volvió a enhebrar el brazo de la mujer en el suyo—. Quiero ver la catedral, aunque sólo sea desde fuera.

Dejaron atrás la Plaza Mayor y caminaron bordeando el templo por la Plaza del Obispo don Bernardo. A su derecha, los muros de la catedral lucían unos hermosos ventanales de medio punto de estilo románico separados

por robustos contrafuertes. Llegaron a la esquina de las calles Serrano Sanz con Cardenal Mendoza. Ante ellos se abrió un amplio atrio enrejado delante de la fachada principal del templo. Diego observó el par de torres macizas y guerreras que se alzaban desafiantes a ambos lados de las tres entradas que daban acceso al interior. Eran dos moles robustas coronadas por almenas bajo las cuales se entreveían los campanarios.

—¿Sabes? Desde allí arriba se puede contemplar toda la ciudad —dijo el viejo sin apartar la vista del cielo—. En realidad hay una parte que queda oculta tras la propia catedral. Cuando era joven subíamos allí para tocar las campanas en las procesiones —dijo señalando la torre meridional con su mano temblorosa—. Nos peleábamos para ver quién llegaba el primero, aunque ya sabíamos que Óscar siempre nos ganaba.

—¿Por qué?

Diego suspiró como tomando fuerzas para proseguir.

—Era el hijo de don Rubén, el dueño de la fábrica —continuó con los ojos repasando todas y cada una de las almenas coronadas por bolas de piedra—. Óscar podía hacer lo que le viniera en gana porque nadie se atrevía a decirle nada a su padre. El negocio familiar daba para mucho y había empleado a media ciudad. Era gente de dinero, ya te imaginas, con mucho poder. Nadie estaba dispuesto a jugarse el sustento.

—Supongo que por esa razón siempre era el primero en subir a tocar las campanas.

—Era el primero en eso y en casi todo —admitió el viejo bajando la vista—. A los Almela no les tosía nadie. Y si a alguien se le ocurría hacerlo, ¡ja!, que se atuviera a las consecuencias. Cuando teníamos que hacer algo,

lo que fuera, siempre contábamos antes con Óscar. Así que lo mejor será hablar con él para que nos deje subir a la torre.

—¿Ahora? ¿Para qué?

—Para... Para ver si puedo encontrar a Violeta —guardó un instante de silencio—. ¡Vayamos a la fábrica a buscarle! Necesito hablar con él. Es importante. Ayer le dejé las llaves de mi casa y no me las ha devuelto.

Mencia se agarró del brazo de Diego.

—Es tarde. Vamos a comer.

—¿Cómo quieres que nos vayamos si no podemos entrar en casa? No tenemos las llaves. Hay que ir a buscar a Óscar para que nos ayude a encontrar a Violeta.

—La Katia y el Samuel nos esperan allí. Ellos nos abrirán la puerta. Nos han hecho la comida. Ya habrá tiempo de recoger las llaves esta tarde.

—¿Quiénes son esos dos? —le dijo deshaciéndose con cuidado de la mano de la anciana.

—Amigos míos.

—No los conozco. No me fío de ellos.

—Pero confías en mí, ¿no?

Diego le miró a los ojos antes de responder. Parecía desorientado.

—Sí, por supuesto, claro que sí... —y sus labios quedaron bloqueados, incapaces de pronunciar su nombre.

—Mencia —dijo por fin la mujer.

—Sí, eso es... Mencia. Vamos a casa a comer. Tengo hambre.



Dulcedo quedam mentis advenit

